

La memoria se disputa y los museos son espacios para ello

El rol de la museología de las memorias
traumáticas sobre la dictadura en Brasil

Ana Paula Brito

■ Doi: 10.54871/ca25ms07

Introducción

En los procesos de construcción del pasado, el campo de la memoria emerge como un territorio de conflicto permanente, modelado por las disputas del presente en cada acto de rememoración. Recordamos porque buscamos en el pasado, movidos por algo del presente que vivimos, que nos mueve a actuar y nos convoca.

A lo largo de la historia, las sociedades han tenido una mayor necesidad de crear depósitos para sus memorias: soportes, *bunkers*, cajas fuertes, espacios seguros en las que puedan preservarse, de modo que la producción y activación de la memoria es cada vez más artificial y queda relegada a determinados grupos. ¿Es más común recordar la ruta para llegar a una calle o seguir automáticamente el GPS? ¿Hacemos el ejercicio de evocar el propio número de teléfono o la clave WiFi, o cedemos a la costumbre de usar el código QR de acceso? Estas simples preguntas sobre experiencias

cotidianas abren el debate crucial para la generación actual y las venideras: la importancia de ‘hacer memoria’. Recordar desde las cosas más simples hasta las más complejas, pues, como dirían los poetas Julio César y Armando Tejada Gómez, consagrados en la voz de Mercedes Sosa: “Uno se despide, insensiblemente, de pequeñas cosas (...) y a las cosas simples las devora el tiempo”.¹

Es cierto que el tiempo devora muchas cosas de manera natural, pero no siempre es así. La manipulación de la memoria y del olvido en su dimensión pública es algo muy perturbador para el bienestar social, sobre todo cuando se trata de acontecimientos vinculados a violaciones cometidas por el Estado, crímenes de lesa humanidad. En estos temas traumáticos, nombrados por algunos estudiosos como “sensibles” o “difíciles”, es necesario “cepillar la historia a contrapelo” como diría Walter Benjamin (1996) porque no es una tarea sencilla ni libre de conflictos. Los museos son un potente espacio para hacer memoria de manera pública y social tensando las conexiones con los desafíos del presente porque son espacios creados como instituciones de poder establecido para operar precisamente a través de las memorias.

Desde su concepción, las instituciones museológicas fueron concebidas para salvaguardar objetos y crear historias de naciones, elaborar patrimonios, crear espacios para que la colectividad discuta sobre lo que es necesario recordar u olvidar. La memoria, entonces, es el corazón que hace latir la sangre en todo el cuerpo del museo, ya que, sin ella, estos serían meros depósitos de objetos. La memoria atraviesa la materialidad de las cosas e imprime vida, historia y sentido más allá del conocimiento sobre algún acontecimiento del pasado. Durante mucho tiempo, se sostuvo la idea de que los museos debían mantener una neutralidad o cierta aura de imparcialidad. No obstante, con el avance de la discusión, se ha reconocido que no hay espacio para la neutralidad en los museos cuando se trata

¹ La canción “Canción de las cosas simples”, incluida en el álbum *Siempre: Una vida en canciones*, de la cantante argentina en el 2009.

de confrontar las memorias sobre crímenes de lesa humanidad. En Brasil, un país que tardó casi dos décadas evitando la confrontación pública con los recuerdos de su dictadura más reciente (1964-1985), se ha demostrado que permanecer “neutral” favorece mucho a los discursos negacionistas y a los cómplices del crimen; dicha neutralidad hace que la democracia sea aún más frágil.

Un ejemplo reciente y llamativo fue el intento de golpe de Estado realizado el 8 de enero de 2023 contra los tres poderes del Estado en la capital federal de Brasil. Fue un ataque a la democracia perpetrado por unos 3.900 manifestantes que no aceptaban el resultado de las elecciones presidenciales. Un acto llevado a cabo por partidarios del ex presidente Jair Bolsonaro (2019-2022), que negaba los crímenes contra la humanidad de la dictadura. Cabe resaltar que, durante su mandato presidencial, museos y archivos, entre otras instituciones públicas de educación y cultura, no pudieron desarrollar a plenitud obras que contenían memorias de dicho pasado, ya que debería ser silenciadas o más bien, olvidadas. Durante este periodo, se canceló la creación ya iniciada del *Memorial da Anistia*, el cual sería el primer museo de la nación sobre la dictadura. Este acontecimiento estuvo acompañado de una persecución política en contra de los investigadores y académicos involucrados en el proyecto. El Ministerio de Cultura fue renombrado como Secretaría Especial de Cultura; la Comisión de Muertos y Desaparecidos Políticos quedó sin poder actuar libremente; el Archivo Nacional no pudo continuar su trabajo de valorización de las investigaciones sobre el pasado de la dictadura. Fueron muchas las medidas que silenciaron la cultura y la promoción de la memoria pública en el país. El historiador brasileño Teófilo (2024) afirma que la gestión de Bolsonaro fue un momento en que la nación enfrentó un punto de inflexión sobre nuevas posibilidades revisionistas para analizar el pasado a partir del Estado.

Las políticas administradas durante la presidencia de Bolsonaro, un gobierno de derecha radical, tuvo una estrategia que no se limitó a promover un silenciamiento público oficial de lo que fue

la dictadura. Dicha administración se dedicó a manipular el registro público de la memoria oficial, gestionando nuevas dinámicas de inscripciones públicas sobre ese pasado seleccionado, aludiendo a una versión de un régimen militar que “salvó” la nación de la amenaza comunista.

Esta estrategia se detecta en muchos otros países, no solo en la región de América Latina y el Caribe. Por esta razón, se identifica la necesidad de avanzar en los análisis sobre el uso de las memorias tanto por las derechas radicales como por las extremas derechas; ya que estos grupos utilizan con mayor frecuencia estrategias metodológicas del campo de estudios sobre la memoria para crear narrativas públicas que permitan ser resignificadas para el fortalecimiento de los poderes políticos del presente comprometidos con los procesos y los intereses que debilitan la democracia y los derechos humanos.

En el marco de este entendimiento, no hay que subestimar la importancia de crear y mantener espacios para debatir los recuerdos conflictivos del pasado que siguen siendo disputados en el presente. Profundicemos un poco más en el caso brasileño: Bolsonaro a lo largo de su trayectoria pública ha negado siempre los crímenes de la dictadura brasileña, llamada por él y muchos otros como “revolución militar”. Lamentablemente, en Brasil, Bolsonaro no es el único que puede hacerlo de manera pública, ya que existe un gran número de brasileños que comparten esa perspectiva y memoria del pasado.

Para ilustrar esta diversidad, cabe mencionar dos libros emblemáticos sobre el pasado dictatorial (1964-1985) brasileño: *A verdade sufocada*, (La verdad sofocada), del militar Carlos Alberto Brilhante Ustra –cuya memoria siempre es elogiada por Bolsonaro–, y *Brasil Nunca Mais* (Brasil nunca más), obra coordinada por el obispo Dom Paulo Evaristo Arns que recopila testimonios de crímenes de la dictadura a partir de los archivos del Tribunal Militar Superior, son dos libros con alta valoración en plataformas de venta. De acuerdo con datos de Google (consultados el 08/07/2024), el 86 % de los

lectores calificaron de manera positiva el libro de Ustra, frente a un 91 % que aprobaron el de Arns. En Amazon, las evaluaciones son aún más altas: un 90 % de las calificaciones de 5 estrellas para *A verdade sufocada* de Ustra y 91 % para *Brasil Nunca Mais* de Arns. Estas estadísticas demuestran que existe una disputa por las memorias que representan la versión de los militares dictatoriales y la versión de los que resistieron el golpe militar. De manera que, preservar la memoria y activarla en el espacio público, no es solo una estrategia utilizada por los defensores de los derechos humanos, sino también ha sido utilizada por grupos de extrema derecha y violadores de derechos humanos. Se ha de observar que, en el caso del atentado contra la democracia del 8 de enero de 2023 en Brasil, el llamado fue a que la gente “recordará los hechos”, así fotografías y videos tomados durante el atentado alimentaron las redes sociales del país durante todo el día.

Cabe señalar que Brasil es el tercer país del mundo con mayor consumo diario de redes sociales. De hecho, el informe anual Digital 2022: *Global Overview Report* reveló que en ese año el usuario típico de Internet a nivel mundial en dicho país pasaba aproximadamente 10 horas y 19 minutos al día en línea, mientras que la media en otros lugares es de 7 horas de uso online. En Japón, por ejemplo, para ese año la media era de 4 horas diarias. En dicha clasificación, los usuarios brasileños de internet en 2022 solo eran superados por Sudáfrica (10h 46 min) y Filipinas (10h 27 min). Dentro de esto, la regulación de internet en Brasil, con la creación de la Ley N° 12.965/2014, ha contribuido a la necesaria difusión de la comprensión de que los individuos son, asimismo, responsables de su comportamiento virtual de acuerdo con las normas legales que rigen la sociedad brasileña. Trindade subraya que es necesario afrontar la “existencia de un delicado equilibrio antagónico: libertad de expresión *versus* respeto a las convenciones sociales” (2022, p. 89). La libertad de expresión no puede ser un escudo para los crímenes cometidos y fomentados en ambientes virtuales.

Figura 1. Bolsonaroistas invadiendo edificios públicos en Brasilia el día 8 de enero, registrando la depredación al patrimonio



Fuente: Fotografía de Marcelo Camargo/Agência Brasil (2023).

Recuerdos como las fotografías y los videos tomados por los propios criminales, fueron considerados en el caso del Supremo Tribunal Federal (STF) como pruebas explícitas de un crimen cometido colectivamente contra el sistema democrático. El día del atentado, 243 personas fueron detenidas dentro de los edificios del Palacio del Planalto, el Congreso Nacional y el STF, así como en la Plaza de los Tres Poderes. Según el STF, 2151 personas fueron detenidas durante el acto, de las cuales 745 fueron liberadas tras ser identificadas, entre ellas 50 mujeres con hijos menores de 12 años y el resto eran ancianos de entre 60 y 70 años. Los delitos que se les imputan son: asociación ilícita armada, abolición violenta del Estado democrático de Derecho, intento de golpe de Estado, daños agravados y daños a bienes protegidos. Toda esta experiencia es un ejemplo que demuestra por qué negar la existencia de disputas en torno a la memoria del pasado dictatorial de Brasil en nombre de una supuesta neutralidad y reconciliación es un grave error. Reconocer

las disputas, el negacionismo y la violencia en las elaboraciones públicas de la memoria oficial es necesario. Ocultar estas disputas puede conducir a más violencia.

Profundizando en el debate nacional sobre la confrontación de las memorias de la dictadura en los espacios públicos –en el contexto del 50° aniversario del golpe militar de 1964–, Brasil registró la mayor inversión pública oficial en actos conmemorativos, celebraciones, seminarios, cursos y producciones artísticas sobre el tema. La presidenta de la nación de ese momento, Dilma Rousseff, afiliada al Partido de los Trabajadores (PT), antigua presa política, quien fuera torturada, juzgada y condenada, ha realizado una serie de inversiones públicas en este ámbito. Entre las más notables se encuentra la publicación de la Ley de Acceso a la Información, que garantiza el acceso a toda la documentación pública del periodo dictatorial, así como la creación de la Comisión Nacional de la Verdad, que, como resultado de dos años de investigación y trabajo, publicó un informe final con 29 recomendaciones para el Estado brasileño.² De acuerdo con el Instituto Vladimir Herzog (2024), del total de 29 recomendaciones, solo 2 se cumplieron (7 %) y 6 se cumplieron parcialmente (21 %), totalizando aproximadamente el 28 %.³

Una de las recomendaciones directas de la Comisión Nacional de la Verdad (CNV) al Estado brasileño es preservar la memoria y activarla en el espacio público: “a) preservar, restaurar y promover la catalogación o creación de marcas de memoria en los inmuebles urbanos o rurales donde tuvieron lugar graves violaciones de los derechos humanos; b) instituir e instalar un Museo de la Memoria en Brasilia” (CNV, Informe volumen I, p. 974). Sobre esta recomendación, destaco que hubo un retroceso por parte del Estado federal,

² Ley N° 12.527, de 18 de noviembre de 2011. *Lei de Acesso à Informação*. https://www.planalto.gov.br/ccivil_03/_ato2011-2014/2011/lei/l12527.htm

Ley N° 12.528, de 18 de noviembre de 2011. *Institui a Comissão Nacional da Verdade no âmbito da Casa Civil da Presidência da República*. https://www.planalto.gov.br/ccivil_03/_ato2011-2014/2011/lei/l12528.htm

³ Instituto Vladimir Herzog (s.f.). *Sem Impunidade*. <https://vladimirherzog.org/semimpunidade/>

diversos actos revisionistas que negaron o justificaron los crímenes de lesa humanidad, manipulación de la memoria pública en documentos y materiales públicos, dificultades administrativas para no avanzar con los procesos de reconocimiento patrimonial como el caso del reconocimiento de una casa usada como centro clandestino de detención y torturas “*dopinho*” de Porto Alegre, entre muchos otros ejemplos.⁴

Es interesante percibir que la manipulación de la memoria sobre los crímenes de la dictadura realizadas durante la gestión de Bolsonaro (2019-2022), confirma que las políticas públicas de memorias no son utilizadas solamente por defensores de derechos humanos y la democracia. La derecha y extrema derecha también hacen uso de la memoria para crear narrativas públicas que justifiquen acciones autoritarias que cercenen derechos.

Los retrocesos también demuestran que el país ha tenido políticas públicas de memoria de gobiernos y no políticas públicas de memoria de Estado. Pues con los cambios de gobiernos se modifican mucho los direccionamientos sobre la materia en el país. Por ejemplo, en 2024 en el marco del 60º aniversario del golpe, el presidente de la República, Luís Inácio Lula da Silva, que fue preso político, juzgado y condenado por la dictadura, ha dicho a la nación que debíamos seguir adelante y que mirar al pasado de la dictadura sería como quedarse en el pasado.

En la semana de conmemoración del golpe de 1964, el Ministerio de Derechos Humanos no organizó ningún acto oficial y ya no se habla de crear un museo para preservar la memoria de la

⁴ Este caso es estudiado por Jacqueline Custódio. Se puede saber más en: Custódio, Jacqueline. (2020). *Impunidade e justiça de transição no Brasil: O caso Vladimir Herzog* [Tesis de maestría, Universidade Federal do Rio Grande do Sul]. Lume Repositório Digital. <https://lume.ufrgs.br/handle/10183/236147>; y también escuchar en: Brito, Ana Paula (Host). (2024, June 25). *Lugares de memórias traumáticas com Jacqueline Custódio e Deborah Neves* [Audio episodio de podcast]. En *Memória pra quê?* Spotify. <https://open.spotify.com/episode/6fvgabyoT7zUIv1BVr9TNX>.

dictadura, como recomendado por la CNV y prometido en 2023 por los ministros de Derechos Humanos y el entonces Ministro de Justicia.⁵

Como reacción, grupos de la sociedad civil organizada han realizado seminarios, actividades culturales, marchas y varias otras acciones de memoria pública para exigir que el gobierno federal retome las políticas de memoria pública, como la restauración de la Comisión de Muertes y Desapariciones Políticas, que había sido creada en 2003 y, durante el gobierno de Bolsonaro, fue cerrada en 2022. En junio de 2024, la comisión fue restaurada tras una intensa demanda popular y articulación política. No obstante, el gobierno federal no ha hecho nada más para promover la memoria de la dictadura en el país.

Estas experiencias apuntan a la necesidad de reflexionar con más profundidad y abordajes interdisciplinarios sobre cómo las memorias de pasados traumáticos han sido utilizadas como estrategias de manipulación de olvidos y revisiones de las historias públicas que, más que negar crímenes de lesa humanidad, dislocan y resignifican el papel de los perpetradores. Estos trabajos de memoria están fortaleciendo narrativas peligrosas para los sistemas democráticos en todo el mundo.

Frente a eso, los museos no pueden aspirar a la neutralidad ya que siempre están inmersos en un cuidadoso proceso de selección y representación de memorias en el presente. En este contexto, surge un interrogante: ¿cómo trabajar este proceso de selección y qué hacer con las porciones seleccionadas de la memoria pública para fortalecer la democracia? Estas preguntas no solo son generadoras sino imperativas para la comprensión de cómo los museos pueden

⁵ Los ministros Silvio Almeida (Derechos Humanos) y Flávio Dino (Justicia) en acto público en el Museo de la Memoria de Chile. Para profundizar en la temática véase: Brasil de Fato. (11 de septiembre de 2023). *No Chile, Flávio Dino afirma que Brasil terá museu de memória e direitos humanos*. <https://www.brasildefato.com.br/2023/09/11/no-chile-flavio-dino-afirma-que-brasil-tera-museu-de-memoria-e-direitos-humanos>

contribuir efectivamente a la consolidación democrática enfrentando y abordando sin temor las disputas memoriales.

Las memorias traumáticas de la dictadura en el espacio público brasileño y los sitios de memoria y consciencia

En países cercanos como Argentina y Chile, después de la transición a la democracia, fruto de la reivindicación de grupos de la sociedad civil, los llamados lugares de memoria de las dictaduras, sobre todo, aquellos utilizados para la represión, fueron señalados y preservados. En Chile, por ejemplo, un grupo de vecinos, organizaciones de derechos humanos y de víctimas, se unieron a finales de la década del ochenta para impedir la demolición de un antiguo centro clandestino de detención, logrando, después de diez años de reivindicaciones sociales, su transformación en Memorial: el Parque por la Paz Villa Grimaldi, primer sitio de memoria y consciencia de la dictadura en América Latina.

En Brasil, en la primera década del siglo XXI, tuvimos una acción de memoria sobre ese pasado dictatorial en un lugar que fue utilizado por la represión. Se trata de una exposición por el aniversario de la Ley de Amnistía, con la que se perdonó a todos los que practicaron crímenes durante la dictadura, lo cual significa que fueron amnistiados y perseguidos por la dictadura como militares que practicaron crímenes de lesa humanidad. El éxito de la exposición (temporal) y la lucha de organizaciones de víctimas, con acogida del poder público de ese momento, dio paso a la creación del primer Sitio de Memoria y Conciencia (SMC) en Brasil, el Memorial de la Libertad.

Pero antes de avanzar sobre los espacios de memoria que tenemos en el país, es importante aclarar dos cosas, la primera: decir que tuvimos un silencio institucionalizado sobre el tema de la dictadura. De manera que, no hablar sobre el tema, era una regla social en nombre del bienestar social, como una apuesta por la paz y

para el avance de la nación. La paz no llegó, muy por el contrario, la impunidad histórica de los crímenes de la dictadura contribuyó al fortalecimiento de una cultura de violencia urbana y política a nivel nacional. Así, los índices de violencia, sobre todo por parte de la policía, aumentan cada año, siendo documentados por organizaciones como Amnistía Internacional que ha venido alertando sobre el avance de dicho escenario.

La identificación de lugares de memoria vinculados a la dictadura, no solo en Brasil sino en toda la región latinoamericana, ha sido realizada con el objetivo de denunciar los crímenes cometidos por los regímenes dictatoriales. En una investigación realizada para mi tesis doctoral sobre la transformación de las antiguas cárceles de la dictadura en museos, escuché a varios familiares de víctimas de Argentina, Chile y Brasil decir que la denuncia de las cárceles oficiales y de los centros clandestinos de detención era una forma de visibilizar la lucha y los anhelos sociales de los asesinados y desaparecidos por esas dictaduras. Cuando analicé los libros de actas de la Asociación de Familiares de Víctimas de la dictadura de la ciudad de Córdoba (Argentina) de finales de los años ochenta e inicio de la década del noventa, pude constatar por escrito lo que varias fuentes orales ya habían compartido en Brasil: siempre había existido el deseo de hacer algo con los edificios donde tuvieron lugar los crímenes de la dictadura, solo que no estaba claro qué. Pero la demanda de estos espacios siempre ha existido entre las víctimas directas y sus familiares.

Y la segunda aclaración necesaria es en cuanto a los conceptos teóricos que son utilizados en este estudio, sobre todo en cuanto a la idea de SMC. En la literatura latinoamericana, cuando hablamos de *lugar de memoria*, expresión muy utilizada en textos y materiales sobre los antiguos lugares de violencia política, que aluden al concepto acuñado por Pierre Nora (1984), quien define como necesario crear espacios y materialidad para que la memoria social sea desarrollada. Nora (1993, p. 13) afirma que “[...] no hay memoria espontánea, es necesario crear archivos, organizar celebraciones,

guardar aniversarios, pronunciar panegíricos fúnebres, registrar actas, porque estas operaciones no son naturales”. Una rama del funcionamiento de este concepto, los *lugares de memoria*, ha favorecido el debate sobre los SMR no solo en Brasil sino en muchos otros países del continente. Nora habla de lugares para anclar la memoria social. Sin embargo, el concepto ha sido resignificado por diferentes autores, disciplinas y literaturas nacionales. Analizando sus ideas, podemos comprender que todo y cualquier lugar, puede ser un lugar de memoria y esa amplitud puede escapar del análisis de temas más específicos.

Vamos a ver, para referirse a lugares específicos donde ocurrieron crímenes de lesa humanidad, parece más adecuado trabajar con el concepto de *lugares de trauma* de Aleida Assman (2011) para poner énfasis en el espacio específico donde ocurrieron los crímenes y las violencias.

En Brasil, los lugares de trauma de la dictadura han sido reivindicados como patrimonio histórico y reconocidos por instituciones públicas locales, regionales y nacionales. Una vez iniciado el proceso de identificación del posible bien patrimonial, es hecha una investigación por la institución que cuida del patrimonio, se analiza diversas dimensiones del bien y se vota internamente si se aprueba o no el reconocimiento. Una vez aprobada, el espacio recibe una protección legal por haber sido reconocido como bien de interés patrimonial, en portugués la palabra que clasifica es “*tombamento*”. A partir de ello, decimos en Brasil que incidió un proceso de patrimonialización.

Los casos que tenemos de lugares de trauma que fueron patrimonializados, las disputas que se siguen, son para un proceso de musealización del espacio, para ser convertido en museo o memorial. Esta no es una fórmula prefabricada, pero en el país ha destacado la estrategia de solicitar la catalogación para evitar la descaracterización y demolición de edificios utilizados por la dictadura. Tras la catalogación viene el proceso de tornar el edificio de interés público vía expropiación pública (en el caso de los edificios

privados como es el caso de la “Casa da morte de Petrópolis”) y luego la musealización.

Antes de avanzar y conocer algunos de esos locales, es importante aclarar por fin, la idea trabajada acá de sitio de memoria y consciencia. Eso porque, por mucho tiempo en Brasil y otros países de la región, se entendió que un SMC era un espacio que fue un lugar de memoria vinculado a violencias y crímenes de lesa humanidad que ha sido musealizado. Pero, si ampliamos el debate sobre la musealización iluminados por los avances teóricos de la museología, sobre todo, de la museología social y los nuevos estudios de museologías insurgentes como la museología de memorias traumáticas, descubrimos que es muy limitado definir un SMC únicamente reconociendo instituciones museológicas localizadas en lugares de trauma.

En Brasil concretamente, la mayor parte de las investigaciones y acciones en estos lugares musealizados, se ha basado teóricamente en las prácticas difundidas por la *Coalition Sites of Conscience*, una red mundial de instituciones de memorias traumáticas que abogan por el desarrollo de una memoria orientada a la acción en relación con las demandas del presente con mayor respeto por los derechos humanos.

Orientados por la experiencia brasileña y las reflexiones teóricas y metodológicas producidas por estudios académicos sobre la musealización de las memorias de la dictadura (Brito, 2023), se ha avanzado en la comprensión de que los sitios de memoria y consciencia son instituciones museológicas dinámicas, resultado de procesos históricos y continuos de luchas sociales y disputas por las memorias.

De acuerdo con Brito (2019) los SMC son espacios dedicados a trabajar con memorias de pasados traumáticos, en el que se promueve la resignificación de esas memorias en el presente a través de diversos soportes y actividades educativas y culturales para la defensa de la democracia y los derechos humanos. Esta idea, por lo tanto, no requiere que la institución opere en un espacio que haya sido utilizado para violaciones de derechos humanos.

Es importante observar que estas instituciones trabajan para desindividualizar las memorias de dolor con el fin de mejorar los debates desde una perspectiva más plural en el contexto de la defensa y el respeto de los derechos humanos, estableciendo conexiones entre el pasado y el presente. Este movimiento destaca la función social de estas organizaciones, en un horizonte de valoración transgeneracional de las memorias de estas luchas para romper con lo que el historiador catalán Ricard Vinyes (2009) denomina “estatuto de víctimas”.

Hay un punto peculiar a destacar en esta discusión, como dijimos, no hay obligación de que un SMR se cree en un lugar de trauma (Assman, 2011), es decir, lugares donde se produjeron violaciones de derechos humanos *in situ*. Este elemento, a pesar de toda la carga simbólica que conlleva, del *genius loci*, no determina por sí mismo que se activen memorias para generar conciencia y memoria para la acción. Para generar resignificación y acción en defensa de los derechos humanos y la democracia, más que preservar un recuerdo, se necesitan diversos emprendedores de memoria, articulaciones de saberes, disciplinas y estrategias. A continuación, se muestra un mapa de Brasil y señalizaciones de algunos de los SMC, creados para tratar las memorias traumáticas del pasado de la dictadura, así como los que funcionan esporádicamente y algunos de los que siguen en disputa:

En funcionamiento regular hay seis sitios de Memoria y Conciencia. En el sudeste de Brasil, el Memorial de la Resistencia de São Paulo, Memorial de la Lucha por la Justicia, Lugar de Memoria de Curitiba (LUME). En el noroeste tenemos tres SMR: el Memorial de la Resistencia de Fortaleza, en Ceará; el Memorial de las Ligas y Luchas Campesinas y el Memorial de la Democracia de Paraíba (ambos en Paraíba) y el Memorial de la Democracia de Pernambuco, en Pernambuco. Con actividades puntuales, tenemos tres lugares que han sido activados y están en disputa pública para ser musealizados: el Memorial DOI-Codi, en São Paulo, el Memorial de los Derechos Humanos de Minas Gerais, en Minas Gerais, el Memorial de la Lucha por la Justicia.

Figura 2. Mapa de Brasil con la identificación de algunos SMC sobre la dictadura brasileña



Fuente: Elaboración propia, (Brito, 2024).

Existen otras disputas en torno a los llamados lugares de memoria de la dictadura que no se manifiestan como institución museística, pero que realizan actividades conmemorativas y visitas guiadas sobre este tema. Es el caso de un pequeño espacio subterráneo situado en la parte inferior de una de las tiendas del Centro de Artesanía Mestre Dezinho, en Teresina, Piauí (región nordeste). El artesano Carlos Antônio de Oliveira divide su tiempo entre la producción de arte, la venta de piezas y la mediación en el llamado “sótano de la dictadura”, donde, supuestamente, tuvieron lugar las represiones durante dicho periodo. Este proceso de memorialización ha sido estudiado por la arquitecta Maria Clara Lima, de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de São Paulo (USP) y deberá ser defendido en 2025. En la tienda de arte popular, el citado artesano y mediador lleva un libro de visitas, similar al que se utiliza en las instituciones museísticas, promoviendo, además, visitas enfocadas en el periodo de la dictadura y el uso del lugar para la represión política.

Del mismo modo, existen lugares que han sido objeto de intensas disputas, con avances y retrocesos significativos en el proceso de reconocimiento como patrimonio y en los posteriores procesos de musealización. Es el caso de la Casa de la muerte, en Petrópolis, donde solo una persona sobrevivió, Inês Etienne Romeu. El inmueble que perteneció a un civil y fuera cedido para ser un centro clandestino de detención, tortura y desaparecimiento de personas, posteriormente, sería reconocido como patrimonio cultural. Años después, bajo el gobierno de Bolsonaro, perdió el reconocimiento patrimonial (*destombado*) y, actualmente, bajo el nuevo gobierno de Lula, ha vuelto a ser reconocido como patrimonio, siguiendo la disputa por su conversión en museo. En mayo de 2025, la Justicia del estado de Río de Janeiro determinó que la pose de la casa sea del Estado brasileño y el Ministerio de Derechos Humanos de Brasil va a asumir la creación de un memorial en el local en parceria con Universidad Federal Fluminense. Se logró avanzar, este puede ser el primer museo federal sobre la dictadura en Brasil.

La lucha por la patrimonialización y musealización de una casa igualmente utilizada para el mismo fin en el sur de Brasil también se enfrenta a similar situación. En la ciudad de Río de Janeiro, el proyecto del Memorial de los Derechos Humanos está en controversia con la policía, que quiere construir un museo en el mismo lugar, el Museo de la policía civil.

Subiendo para la región norte del país en el mapa, tenemos una lucha histórica para la creación de una institución de memoria sobre la “*Guerrilha do Araguaia*”, que fue un conflicto armado en la región amazónica de Brasil (1972-1975) entre el Estado dictatorial y guerrilleros que luchaban contra la dictadura. Hasta hoy, 2025, las familias de los grupos guerrilleros siguen buscando los restos de sus presos políticos desaparecidos y cobran al Estado por un memorial sobre el tema que incluso pueda contribuir a la demanda social para el esclarecimiento de estos crímenes de los que, asimismo, fueron víctimas muchos pueblos indígenas de la región.

Hay otras disputas por creación de SMC no mencionadas en este capítulo y muchas otras deseadas en distintas partes del país que son poco conocidas a nivel nacional. Un inventario nacional y cartografía digital está publicado en (www.smcbrasil.com). La cartografía es fruto de una investigación posdoctoral en la Universidad de São Paulo que va a ser difundida por la Universidad Federal de Pernambuco con la colaboración de la *Rede Brasileira de Pesquisadores de Sítios de Memória e Consciência* (REBRAPESC).

Pero importa ya señalar que el crecimiento de las disputas por creación de SMC en Brasil es resultado del trabajo de personas y colectivos de derechos humanos que podemos considerar como “emprendedores de la memoria” (Jelin, 2002). Pero, entre la disputa y la efectiva creación de esas instituciones museológicas dedicadas a operar con memorias traumáticas, tenemos una distancia considerable.

La museología de memorias traumáticas

Brasil es un país con una intensa diversidad cultural distribuida a lo largo de sus cinco regiones, con una importante extensión territorial y lingüística (existen 247 lenguas indígenas habladas por 305 etnias indígenas) entre otros factores que han hecho del territorio un espacio fértil para el surgimiento de nuevos modelos de hacer y pensar la memoria en los espacios públicos y los museos. Impulsados también por el crecimiento de los estudios decoloniales en el país, las prácticas museológicas han demandado más horizontalidad en el que hacer museal.

Con una legislación específica consolidada sobre todo por la Política Nacional de Museos para el área y cursos de formación a nivel de pregrado, maestría y doctorado en Museología, la producción de nuevas reflexiones teóricas y metodológicas sobre este campo

ha ido en aumento.⁶ Al organizar estas ideas, han surgido nuevas vertientes de estudios museológicos, tales como: Museología Social, Museología Indígena, Museología Quilombola, Museología LBGTQIAP+, Museología del Afecto y la Museología de Memorias Traumáticas.

En el ámbito de esta última, ya sea por la forma en que se crean los museos que trabajan con memorias de violencias, la mayoría de las veces como resultado de demandas sociales de colectivos de víctimas y organizaciones de derechos humanos, o por la gestión que desarrolla, pero sobre todo por las memorias que activa, este tipo de museos exige unas especificidades técnicas que no tienen otros, debido a sus planteamientos que van más allá de narrar la violencia.

La museología de las memorias traumáticas ha surgido como resultado de una investigación sobre cómo los museos en el país han activado las memorias de la dictadura y cómo los intelectuales brasileños están pensando estas operaciones.⁷ Es una rama de los estudios museológicos que se centra en el proceso de selección, conservación, comunicación, resignificación y activación de las memorias de pasados socialmente traumáticos.

Utilizando enfoques teóricos y metodológicos, analiza cómo instituciones culturales como museos y monumentos conmemorativos pueden trabajar con memorias de violencia como genocidios, guerras, esclavitud, dictaduras, conflictos armados y desastres naturales, con el fin de fomentar una cultura de paz, el respeto de los derechos humanos y la defensa de la democracia. El punto de partida es la constatación de que preservar la memoria por sí sola no

⁶ El Instituto Brasileño de Museus-IBRAM gestiona las acciones en el país, a partir de leyes y normativas federales (IBRAM, s.f.). <https://www.gov.br/museus/pt-br/assuntos/politicas-do-setor-museal/politica-nacional-de-museus>

⁷ Para consultar esta investigación de mi autoría, desarrollada en colaboración con la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS), visite: <https://www.lume.ufrgs.br/handle/10183/255231>

garantiza que los crímenes contra la humanidad y los atentados contra la democracia no vuelvan a repetirse.

En Brasil, a pesar de que llevamos más de diez años de inversiones públicas considerables en políticas públicas de memoria, con financiación de monumentos públicos, libros, documentales, películas, obras de teatro y museos sobre el tema de la dictadura, en enero de 2023, se llevó a cabo en el país un nuevo ataque a la democracia con participantes que negaban y/o defendían la existencia de la dictadura.

La memoria, por sí sola, no puede garantizar nada, así como lo han subrayado continuamente la socióloga argentina Elizabeth Jelin y el historiador catalán Ricard Vinyes (2021). Lo que se necesita es una articulación continua que promueva la discusión y resignificación de las sociedades, que pueda tener elementos para conectar los tiempos y sensibilizarse para crear conciencia sobre la importancia de la dignidad de la persona humana por encima de todo. La vida digna como un derecho inalienable y defendible para todas las personas.

Entre las principales dimensiones de la museología de las memorias traumáticas, cabe destacar la ausencia de neutralidad, la preocupación por las cuestiones éticas vinculadas a la retraumatización de los grupos de víctimas, los límites de la representación de la violencia abordada, la sensibilidad para operar de forma que se promueva el derecho a la memoria y que no se imponga un deber a las nuevas generaciones y, sobre todo, la comprensión de que se trata de un territorio de trabajo que afecta a quienes cuentan y a aquellos que escuchan. Por ello, entre la diversa gama de conocimientos y disciplinas necesarios para el trabajo museológico con memorias de pasados traumáticos, la Psicología será, sin duda, un importante aliado que no debe pasarse sin atención.

En su dimensión metodológica de la museología de memorias traumáticas, se apela a distintos saberes para pensar la gestión sostenible, los retos del comisariado compartido, la investigación que conecta el pasado con el presente, la educación que activa la

conciencia estimulando la memoria para la acción, entre otros. Son muchas las especificidades de este campo de actividad, que también ha sido calificado de memorias difíciles y sensibles. Al priorizar aquí el término traumático, se intenta destacar la capacidad de dolor y sufrimiento que poseen estos temas. Cómo operamos con estas memorias latentes evocadas para activar la acción a favor de algo que cause beneficio social es el gran desafío.

Una de las reflexiones que ha surgido en el contexto de la museología de memorias traumáticas es el camino de trabajar con la emoción para compartir el conocimiento sobre el pasado, con herramientas estratégicas para estimular una conexión entre pasado y presente con el fin de generar conciencia y así habilitar posibilidades de acción con el entorno. Es cierto que algunos relatos y experiencias de violencia pueden provocar parálisis, conmoción, profunda tristeza, desconcierto, pero ¿cómo conseguir que la emoción no se detenga en la dimensión del dolor? No hay que subestimar, ¿cómo evitar “Disneyficar” la violencia y “banalizar el mal”?

¿Cómo trabajar en este proceso de selección de memorias?

Hay muchas posibilidades de respuesta que están en continuo desarrollo, quizá una de las más latentes que se pueden observar es una museografía que comprenda los límites de la representación y la experiencia del dolor y el valor de los procesos curatoriales compartidos.

Es cierto que la emoción es siempre una gran aliada en el proceso de estimular la conciencia, mas no todo vale. En la búsqueda de acentuar la emoción, a veces se corre el riesgo de banalizar la violencia y el trauma mediante una búsqueda exacerbada de la experiencia y la inmersión. Un ejemplo fue la instalación de una reproducción de una cámara de gas en una exposición sobre el Holocausto en el Museo de la Imagen y el Sonido de São Paulo.

Con una escenografía acentuada, contaminación sonora en todos los espacios de la exposición, reproducciones cuya necesidad es

cuestionable, como nuevos anillos y pelucas para representar el cabello humano de las víctimas muertas y los anillos de los muertos.

Figura 3. Alianzas nuevas en cajas de madera



Figura 4. Pelucas de cabello artificial



Fuente: Brito, Ana Paula. Fotografía del Museo de la imagen y el sonido
[Archivo fotográfico personal].

En medio del recorrido de dicha exposición, había una reproducción de una cámara de gas y el público era invitado por los guías a entrar, mientras ellos explicaban que si alguien se sentía indispuesto podía salir por la puerta lateral. Se cerraron las puertas, se apagaron las luces y de un agujero en el techo salió un humo artificial, iluminado por una luz blanca, acompañado de una grabación de muchos gritos que finaliza con humo y silencio. Un empleado del museo abrió la puerta. La gente salió y fue invitada a seguir la exposición, cuyo pasillo estaba lleno de fotografías y también de objetos de reproducción de los campos.

Entré dos veces para observar al público dentro de la propuesta “cámara de gas”. Durante la primera observación, con unos 10 adultos, todos permanecieron en silencio todo el tiempo, interrumpido al final por un comentario de una persona “si fuera verdad, ahora solo tendríamos canas”. También acompañé a un grupo de estudiantes de secundaria, unos 20 jóvenes de entre 15 y 17 años. La mitad sonreía asombrada y la otra mitad lloraba copiosamente.

Este ejemplo puede subrayar solo la necesaria comprensión de que hay límites que deben tenerse en cuenta al hacer exposiciones sobre violencias, incluidas las cuestiones éticas relativas a la dignidad y la memoria de las víctimas, en lo que respecta a la escenografía, los contenidos audiovisuales y la interactividad en busca de la inmersión que pueden trivializar los crímenes contra la humanidad.

En este ejemplo, se puede observar una escenografía del horror que no se articulaba de forma notable con las demás áreas de pensamiento de la exposición. Por eso, es importante el diálogo entre los centros, aunque no sea posible llevar a cabo un comisariado compartido. El diálogo entre los departamentos de investigación, museografía, educación y accesibilidad es crucial para acercar la exposición a un proceso de sensibilización que genere conciencia.

Siguiendo con la misma exposición, sobre las fotos que están en el pasillo, había fotos de personas desnudas en situaciones de extrema vulnerabilidad, incluso física. Una de las imágenes me llamó la atención: era a color, mostrando muchos cuerpos que eran casi solo esqueletos cubiertos de piel, supervivientes de un campo de concentración en Austria, una fotografía tomada en 1945. No había ningún trabajo sobre esa imagen, era solo una de las muchas fotos de cadáveres y edificios que habían sido utilizados como campos de concentración. Al analizar las imágenes de intensa violencia, incluso visual, cabe reflexionar sobre cómo es importante que, al realizar la curaduría de exposiciones con recuerdos traumáticos y violencia, siempre se deba considerar la pregunta vital: ¿qué quiero comunicar con

esto? Más allá del contenido histórico representado, ¿qué diálogo quiero estimular en el público a partir de los acervos seleccionados?

Al hacerme estas preguntas, recordé otra exposición brasileña, esta vez en el Memorial de las Ligas y Luchas Campesinas en el nordeste del país. En su anterior muestra de larga duración (2019) mostraba una foto de la familia del líder campesino João Pedro Teixeira, asesinado durante las Ligas Campesinas en los años sesenta, dejando once hijos y una viuda.⁸ En la exposición había una foto de los niños y la viuda delante de la casa. La imagen representaba un hecho histórico. Algunos días después de la muerte de João Pedro, todos los niños fueron entregados delante de la casa, ya que la viuda, quien había prometido tomar el relevo y continuar la lucha hecha por su marido, corría peligro de muerte, viéndose forzada a vivir en la clandestinidad. A la madre solo se le permitió llevar a una de sus hijas.

Entre los niños de la fotografía, hay un pequeño de unos 3 años de edad, sin ropa. Es una fotografía triste. No es necesario conocer la historia, lo que hay detrás de la imagen para darse cuenta del dolor que expresan esos rostros y esos cuerpos. De los once, una hija se suicidó en la casa que ahora alberga el Memorial, nueve niños fueron entregados a familiares y otras personas y uno acompañó a su madre bajo tierra durante décadas.

Como visitante del museo, esta fotografía siempre me ha molestado mucho, porque explora la imagen de extrema vulnerabilidad de una familia, niños incluidos. Separada en 1962, esta familia se reencontró por primera vez en 2014, durante una actividad organizada por la Comisión Nacional de la Verdad con el museo.

Como propuesta de resignificación de esta imagen para la nueva exposición de larga duración, el museo trabajará con siluetas de familias afectadas por la violencia contra la población rural.

⁸ João Pedro Teixeira formaba parte de las Ligas Campesinas, movimiento que luchaba por la reforma agraria. Para profundizar en este caso, pueden consultarse: *Cabra marcado para morrer* (Coutinho, 1984), documental filmado durante la dictadura: <https://www.youtube.com/watch?v=VxzgLPyLI44>; *Memorial das Ligas e Lutas Camponesas* (2023): <https://www.ligascamponesas.org.br/>.

Aludiendo a la familia Teixeira, gravemente afectada por la violencia, pero contemplando también otras familias, incluidas las homoparentales. En esta nueva propuesta, el museo evita explotar la imagen de vulnerabilidad de la familia Teixeira y, de igual manera, amplía y democratiza la representación de otras familias violentadas en la lucha por la reforma agraria en Brasil al tiempo que destaca nuevos temas como la diversidad de familias posibles.

Este es un ejemplo de la necesidad de conectar más allá de comunicar información sobre la violencia y los contextos históricos. Siempre que sea posible, es perentorio estimular nuevas conexiones con temas latentes en la defensa de los derechos humanos contemporáneos. Por ejemplo, aún existen muchos prejuicios y violencia contra la población LGBTQIAP+ en las zonas rurales, y aunque el equipo del museo era consciente de la controversia que generaría con la población circundante, no rehuyó el reto de plantear el tema y contribuir al debate que podría generar conciencia y más respeto.

Hay muchos otros ejemplos, positivos y negativos, para que reflexionemos sobre la museografía a la hora de comandar o hacer la curaduría de contenidos violentos y traumáticos en museos. Las listas de nombres de víctimas son recurrentes en la mayoría de los SMR de Brasil, así como en otros países de la región. Sin embargo, esta estrategia también conlleva riesgos como jerarquizar las historias y corroborar lo que el historiador Ricard Vinyes (2009) llama el “estatuto de la víctima”. ¿Logró la investigación recoger todos los nombres de las víctimas? En caso negativo, ¿hay una diversidad mínima de grupos representados? ¿Cuáles son las consecuencias institucionales de la exclusión? ¿Permite el medio realizar adiciones posteriores?

En Brasil, una de las experiencias de exposición de larga duración, el Memorial de la Resistencia de São Paulo, se limitó durante algún tiempo a unos pocos grupos de lucha contra la dictadura, cuyos nombres fueron incluidos por representantes de algunos colectivos provocando disputas entre las organizaciones de víctimas y

un cierto distanciamiento de algunos grupos de víctimas directas e indirectas de la institución no representada. Una solución reciente utilizada por la institución ha sido invitar a las personas que comparten sus recuerdos en su programa de historia oral para que vayan a una de las celdas que quedan y añadan su nombre y el de otros compañeros que estuvieron allí.

Hay muchas otras cuestiones que deben abordarse, pero, antes de pasar a otros ámbitos en relación con la museología de las memorias traumáticas, hay una reflexión fundamental para las exposiciones: elegir es siempre perder. “No se puede tomar el mundo con las manos”, como decía mi madre, en cualquier proceso de selección, renunciamos a algo y con ello no pasa nada. Por eso, todo debe ser fruto de un debate que responda al por qué, con un sentido que vaya más allá de comunicar hechos históricos respetando, además, la dignidad de la persona humana.

¿Qué hacer con estas parcelas de las memorias públicas seleccionadas y comunicadas para fortalecer la democracia?

Un importante núcleo de las exposiciones es el equipo educativo, estas personas actúan en primera línea, con gran capacidad para fortalecer la comunicación museológica propuesta por el museo. Este es el equipo que puede ampliar la capacidad del SMC para lograr el objetivo de no solo preservar y comunicar acerca de los recuerdos de pasados traumáticos, sino también conectar tiempo, personas, causas sociales. Sin embargo, las personas educadoras que operan con memorias traumáticas se ven sometidas diariamente a tener que activar memorias de violencia, cuestiones que afectan a quienes cuentan las historias y a quienes las reciben. De manera que deberíamos empezar a reflexionar sobre la importancia de la asistencia psicológica para los profesionales que integran estos equipos culturales con preponderancia al sector educativo,

que puede ser un buen ejemplo para que reflexionemos sobre la urgencia de normalizar este apoyo como exigencia institucional.

En este sentido, el jefe de exposiciones Armando Perla (2019), que ha actuado con muchas exposiciones y otros trabajos de memoria sobre violaciones de los derechos humanos en América Latina y El Caribe, ha advertido en sus reflexiones sobre la importancia de que un profesional de la salud mental forme parte del equipo técnico que prepara las exposiciones con contenidos de violencia.⁹ No solo para las víctimas directas que son llamadas a revivir sus dolores y traumas pasados, sino también para los profesionales implicados en la obra.

En el ámbito de la investigación, esta exigencia también es extremadamente válida. Pensando en los casos brasileños, todos ellos utilizaron la historia oral como fuente documental primaria en sus investigaciones para la curaduría de la exposición a largo plazo. La mitad de los SMC que funcionan regularmente tienen programas de historia oral con víctimas directas y sus familiares, con recopilaciones frecuentes. En este contexto, conviene insistir en el debate: ¿Hasta qué punto está preparado el investigador que se encuentra a menudo en un estudio cerrado con una víctima que, al compartir su historia, se enferma? ¿Qué debe hacer? ¿Qué no debe hacer? No hay información sobre ninguna formación previa que ayude al investigador con la variedad de reacciones que tienen los entrevistados cuando se activan los desencadenantes de sus recuerdos de dolor.

Como investigadora que actuó en SMC en distintas regiones del país, recuerdo tres situaciones en este ámbito que me gustaría compartir: una entrevistada que se negó a dar su testimonio porque el estudio de grabación estaba dentro del edificio de su antigua prisión; un entrevistado que pedía ir al baño cada vez que recordaba que habían torturado a alguien delante de él y no lograba contener la orina; y una entrevistada que me dijo al principio de la entrevista que la última vez que recordó los temas, en su testimonio oficial

⁹ Taller Museos para la reconciliación, Cali, Colombia, 2019. Promovido por el ICOM.

ante la Comisión Nacional de la Verdad, salió de la sala para ir al hospital porque le había subido la tensión y necesitaba ayuda médica, así que por favor no hablásemos de su torturador.

Hay muchos otros ejemplos que demandan otro texto solo sobre esta dimensión del trabajo de la historia oral, pero me interesa compartir para enfatizar algunas cuestiones: en primer lugar, siempre vale la pena señalar la diferencia entre testigo y testimonio. Para los museos y en la investigación con diversos fines, estamos hablando de testimonios, de compartir recuerdos, lo cual es diferente de una declaración ante la policía, las autoridades judiciales y similares. Muchas de las personas que se escuchan en estos museos suministraron en su día “declaraciones oficiales” a las autoridades dictatoriales, algunas de ellas, bajo torturas. Señalar que ahora hablamos de testimonios para la historia es un punto de partida importante, pero hay muchos más elementos que deben ser profundizados sobre estas prácticas en los museos, uno de los cuales se refiere a la preparación psicológica de los equipos de entrevistadores y grabadores.

En este trabajo con la historia oral, el profesional se enfrenta a una recopilación que no es una declaración judicial, ni una consulta terapéutica, aunque exista esta dimensión sanadora, aunque no sea deliberada por parte de las instituciones. Ello se debe a que, al evocar estos recuerdos y registrarlos para la posteridad, el individuo que en su día fue violado puede enfrentarse a una reparación moral. Veamos un extracto del testimonio de Dulce Muniz, antigua presa política de la dictadura brasileña para el MRSP. Poco antes de finalizar la recopilación de testimonios, la entrevistada relató que:

Es raro hablar eso, es una sensación que... es un placer, pero no es un placer, es una alegría, no, no es una alegría. Pero es un momento de gran comunión, es un momento de compartir y que yo espero que, así como yo vine, ustedes también puedan llamar a más personas y que eso pueda ser difundido porque eso tiene que ser llevado a las escuelas, tiene que ser llevado a las ONG'S, para hacer, ¿cómo se

llama? Presentaciones en plazas públicas, que se tiene que mostrar, ellos tienen que saber. Es la única forma que nosotros tenemos para contar esta historia. Mientras los archivos no sean totalmente abiertos, mientras la gente no sepa dónde se quedaron los cuerpos, mientras la gente no sepa en qué circunstancias se dieron las muertes y los desaparecimientos, no vamos a tener una verdadera democracia, no vamos a ser un pueblo grande como podemos ser. (Entrevista de Dulce Muniz, Acervo MRSP, 2013).

Hay una sensación de victoria al registrar para la posteridad su versión de los hechos que en su día fueron negados en la historia pública oficial, escrita en el contexto de la redemocratización nacional que propugnaba un cierto “consenso” manipulado en torno al olvido para garantizar la paz con los militares. Durante mucho tiempo, en los libros de historia de las escuelas, el período de la dictadura cívico-militar fue denominado régimen militar y personas como Dulce Muñoz, que actuaron en la resistencia contra ese régimen dictatorial, fueron consideradas como “terroristas”. Décadas después, la misma persona se sienta en un estudio audiovisual, en el mismo lugar donde fue detenida, ahora convertido en museo, para contar su versión de la historia. Y este documento se conservará para la posteridad. El testimonio irrumpe como acontecimiento social en la escena pública y se erige en categoría de verdad, en palabras del testigo, dispuesta a ser difundida. Beatrice Fleury y Jack Walter (2012) llamarían a este ejemplo de testigo polinizador porque acaba inspirando a otros testigos generando pruebas sobre el pasado evocado.

A partir de la experiencia de los programas de recolección de testimonios en los SMC brasileños, se observa que estos encuentros generan mucho más que el registro audiovisual de la historia. Hay muchos ejemplos de la intención de donar fotografías, objetos personales de diversa naturaleza y tamaño, indicaciones de nuevos colaboradores potenciales, entre otros registros materiales. En este sentido, es fundamental que el museo tenga una política bien regulada sobre la adquisición de colecciones materiales para no crear

problemas como la selectividad indiscriminada sobre qué documentos conservar, dadas todas las cargas financieras y técnicas de recibir continuamente todos y cada uno de los documentos relacionados con el período. El costo de restaurar, conservar y almacenar adecuadamente las colecciones no es algo que pueda pasarse por alto en este proceso. Así como el compromiso de comunicar públicamente sobre el acervo recibido.

Antes de concluir, interesa volver al tema del impacto generado en el proceso de recolección de testimonios de víctimas de delitos para la investigación, enfatizando una vez más que esto no debe ser pasado por alto por los equipos de gestión institucional. Las limitaciones de recursos financieros y de personal técnico de los SMC son bien conocidas, mas siempre existe la posibilidad de establecer asociaciones que puedan satisfacer gradualmente las demandas que aún tenemos que descubrir para hacer museos con memorias traumáticas. Asociaciones con universidades, institutos de psicoanálisis, hay muchas posibilidades de colaborar con este proceso de evocación, que genera mucha emoción en todos los implicados en la acción.

En Brasil, un colectivo de psicoanalistas del Instituto APPOA ha creado el Museu das Memórias (In)possíveis, se trata de “un museo virtual que busca registrar historias y narrativas, acogiendo las producciones de sujetos cuyos lugares discursivos están debilitados en los lazos sociales y que están en el orden de lo (In)decible, lo (Im)pensable, lo (In)consciente y lo Imposible”(Museu das Memórias (In)possíveis, s.f., sección “Sobre o (in) possível”).¹⁰ El colectivo cuenta con un grupo de trabajo sobre “trauma y memoria” que celebra sesiones mensuales gratuitas de formación. Participar en estas formaciones podría ser de alguna manera proponer acciones conjuntas. Este ejemplo es solo un disparador para estimular otras conexiones en esta gran maraña de iniciativas que pueden contribuir

¹⁰ Museu das Memórias (In)possíveis. (s.f.). Sobre o (in)possível. <https://museu.apboa.org.br/site/>

continuamente a una cultura de paz. Pues trabajar con recuerdos traumáticos es algo que afecta a todos los implicados: a los que investigan y comunican y a los que reciben resignificando el pasado.

Consideraciones

Los museos, no solo por el contexto en el que fueron creados, tienen el poder de elevar la importancia de las piezas históricas y de las narrativas sobre un pasado determinado seleccionado, manipulado, preservado y comunicado en función de una demanda institucional o social/comunitaria. A lo largo de las elaboraciones teóricas en torno a este espacio de poder, se ha defendido que todo museo debería ser un museo de derechos humanos, pero esta no es una regla que se adopta rigurosamente en la práctica e incluso cuando el museo es específico para temas que tratan memorias traumáticas, existen posibilidades de revictimizar a las personas, distorsionar las narrativas y cometer nuevas formas de violencia. Por eso es importante destacar que la museología que trabaja con memorias de crímenes, traumas y contenidos violentos, necesita entender que su punto de partida es el desarrollo de metodologías de trabajo respetuosas que tengan como objetivo generar impactos sociales orientados a la defensa de los derechos humanos y a la democracia.

Es necesario reconocer que esto tiene una cadena de complejidades que afectan a la vida de los individuos en el presente. Por eso, contar con un equipo de profesionales de distintas disciplinas para pensar estas acciones, abogar por el respeto y la valoración de saberes no solo académicos y letrados, admitir los límites y recortes que asume la operación memorial, contemplar y aceptar la imposibilidad de contar todas las historias; entender que no se debe priorizar el consenso en detrimento de nuevos procesos de victimización, aceptar que la falta de consenso también forma parte de las disputas latentes de la memoria y que estas disputas pueden evidenciarse en estos procesos museográficos son algunas conclusiones

que he llegado tras años trabajando y analizando esos procesos de musealizar memorias de dolor.

La museología de las memorias traumáticas está comprometida con el pasado y con el futuro, pero, sobre todo, está atenta al presente. Es el sentido de la memoria del pasado, continuamente (re) construyendo el presente, lo que puede contribuir diariamente a una conciencia colectiva contra nuevos crímenes contra la humanidad porque la memoria sola, expuesta, no puede garantizar nada. Los museos son espacios importantes para estimular conciencias ya que solo informar sobre el pasado no es suficiente para ser parte de cambios significativos.

Bibliografía

Assmann, Aleida (2011). *Espaços da recordação: formas e transformações da memória cultural*. Campinas: Unicamp.

Benjamin, Walter (1996). *Magia e Técnica, Arte e Política: ensaios sobre literatura e história da cultura*. São Paulo: Editora Brasiliense.

Brito, Ana Paula Ferreira de (2023). *Museologia de memórias traumáticas: a produção acadêmica da Museologia brasileira sobre a ditadura (2014-2020)*. [Tesis de maestría, Universidade Federal do Rio Grande do Sul].

Brito, Ana Paula Ferreira (2019). *Quando o cárcere se transforma em museu: processos de transformação de centros de detenção em sítios de memória no Cone Sul (1990-2018)*. [Tesis doctoral]. Pontificia Universidade Católica de São Paulo. Repositorio Institucional PUC-SP.

Carvalho, Dulce Quirino de (26 de junio de 2013). Entrevista sobre militância, resistência e repressão durante a ditadura civil-militar [Entrevista]. Memorial da Resistência de São Paulo. Entrevistadores: Karina Alves y Marcela Boni.

Fleury, Béatrice y Walter, Jacques (2012). Carrière testimoniale: un opérateur de la dynamique mémorielle et communicationnelle. *ESSACHESS - Journal for Communication Studies*, 5(2), 153-163.

Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

Jelin, Elizabeth y Vinyes, Ricars (2021). *Cómo será el pasado: Una conversación sobre el giro memorial*. Buenos Aires: Ned Ediciones.

Nora, Pierre (1993). Entre história e memória: a problemática dos lugares. *Revista Projeto História*, 10, 12.

Teófilo, João (2024). O passado reconciliado. A memória do Estado brasileiro sobre a ditadura militar. *Revista Acervo*, 37 (3), 1–24. <https://revista.an.gov.br/index.php/revistaacervo/article/view/2251>.

Trindade, Luíz Valério (2022). *Discurso de ódio nas redes sociais*. São Paulo. Jandaira Editora.

Vinyes, Ricard (Ed.). (2009). *El Estado y la memoria* (1a ed.). Buenos Aires: Del Nuevo Extremo; Barcelona: RBA.